

LA VICTORIA DE LA PAZ Y DE LA HERMANDAD ENTRE EL PERÚ Y EL ECUADOR, 20 AÑOS DESPUÉS

*Fernando de Trazegnies Granda**

RESUMEN

En el presente artículo, el autor realiza una reflexión con motivo del 20° Aniversario de la Paz entre el Perú y el Ecuador. Asimismo, realiza un homenaje a los jóvenes reclutas de ambos países que ofrendaron generosamente sus vidas defendiendo lo que pensaban era una causa justa. Resaltando el parentesco muy próximo entre peruanos y ecuatorianos, repasa y medita aspectos del conflicto y la paz que se alcanzó, desde su enfoque como Presidente de la delegación peruana que estaba tratando el tema con el Ecuador, y luego como Canciller.

ABSTRACT

In the present article, the author makes a reflection on the occasion of the 20th Anniversary of Peace between Peru and Ecuador. It also pays tribute to young recruits from both countries who generously gave their

* Doctor en Derecho por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Profesor principal de la Facultad de Derecho de la PUCP y Decano de la misma entre 1976-1987. Realizó estudios de Doctorado en la Universidad de París (1964-1965) y ha sido *Visiting Scholar* en la Harvard Law School. Fue Ministro de Relaciones Exteriores y como tal firmó en 1998 el Acuerdo Definitivo de Paz, Amistad y Límites con el Ecuador.

lives defending what they thought was a just cause. Highlighting the very close kinship between Peruvians and Ecuadorians, he reviews and meditates aspects of the conflict and the peace that was reached, from his approach as President of the Peruvian delegation that was discussing the issue with Ecuador, and then as Chancellor.

Palabras clave: Paz - Conflicto - Perú - Ecuador - Jóvenes reclutas - Tiwinza - Países Garantes.

Keywords: Peace - Conflict - Peru - Ecuador - Young recruits - Tiwinza - Guarantor Countries.

- - -

¿Cómo definir en unas pocas líneas las complejas relaciones entre Ecuador y Perú durante muchas décadas? Fue, sin duda, un período confuso y trágico en la historia de los dos países, con múltiples encuentros pequeños y grandes que afectaron nuestra paz y la amistad de nuestros pueblos. Pero, felizmente, se logró un final feliz que era lo deseado y esperado por todos.

Los debates jurídicos sobre las fronteras que ocuparon esos años, fueron duros y algunas veces se desbordaron, sobrepasando el nivel jurídico-diplomático para dar lugar a guerras en las que nadie ganó sino que los dos países perdieron. Particularmente, debería decir –con pena y con vergüenza– que quienes sufrieron en verdad estas pérdidas no fueron los juristas y diplomáticos que discutieron el tema sino esos jóvenes reclutas de ambos países, que tanto prometían para el Perú y el Ecuador, y que fueron llamados a pelear entre sí y a morir por un conflicto absurdo que ellos mismos no entendían y que finalmente cayeron muertos o fueron inhabilitados de por vida en una lucha que nunca debió haber tenido lugar.

En mi opinión, esas personas ofrendaron generosamente su vida por su patria, motivo por el cual merecen el mayor reconocimiento de sus respectivos países. Y yo agregaría que, en una perspectiva de post-guerra, ese reconocimiento debe ser recíproco porque cada uno de nuestros soldados –aun cuando estuvieran enfrentados– cayeron defendiendo

honestamente lo que pensaba que era una causa justa desde su punto de vista. Esos jóvenes que, aun cuando pelearon unos contra otros, murieron o fueron mutilados con honor y con bravura, deben tener el respeto del Ecuador y del Perú.

Pero las guerras fratricidas no deben repetirse porque tanto el Ecuador como el Perú tenemos verdaderos enemigos comunes a los cuales hay que combatir conjuntamente con todas nuestras fuerzas y que están más allá de las controversias tradicionales. Esos enemigos son la pobreza, el subdesarrollo, la violencia interna y la desintegración política.

Debemos también tener en cuenta que el Ecuador y el Perú tenemos, sin duda, un parentesco muy próximo, guste a quien le guste y disguste a quien le disguste.

Don José de la Riva Agüero, un gran intelectual peruano, decía que todos los países iberoamericanos somos hermanos porque tenemos el mismo padre español, aunque nuestras madres indias fueran diferentes. Pero, en realidad, somos doblemente hermanos si tenemos en cuenta la madre Inca de los actuales peruanos y ecuatorianos. En todos los países latinoamericanos nuestras madres indias son diferentes, mientras que nuestro padre español es el mismo. Pero, como lo he insistido en varias ocasiones avanzando en el camino abierto por Riva Agüero, sucede que los peruanos y los ecuatorianos somos hermanos de padre y madre: nuestro padre español que fue común en ambas naciones actuales, tuvo como compañera y madre nuestra a la misma cultura Inca. Por tanto, los lazos entre Ecuador y Perú son ancestrales y dobles: tanto por el lado del padre español, que nos vincula a ambos con la cultura occidental, como por la madre india, de origen Inca, somos hermanos dobles. Nuestra identidad cultural proviene de la misma fructífera aleación entre lo occidental (en su versión española) y lo incaico.

Pese a una tan grande homogeneidad en la matriz cultural e histórica, una vez independientes nos vimos envueltos en un conflicto de vecinos. Y, ciertamente, cuando los vecinos son además hermanos, las cosas se ponen más antipáticas.

Durante más de un siglo y medio hemos discutido acerca de nuestras fronteras. Sin embargo, lo importante no son las fronteras materiales sino las espirituales, particularmente en un mundo que tiende a globalizarse y donde la compenetración regional es de la mayor importancia. Más allá de los límites territoriales, lo grave era que nuestros países —unidos en todos sus aspectos— se habían alejado uno del otro y se habían convertido en enemigos. Al principio, la enemistad era jurídica y se expresaba a través de negociaciones y arbitrajes. Más tarde, esta animosidad hizo sonar las trompetas militares y se transformó en guerra. Y es así como tuvimos varios episodios fraticidas.

Luego del último encuentro bélico entre el Perú y el Ecuador en 1995, los dos países buscaron una forma de llegar a un acuerdo. Tiwinza, el territorio peruano que había sido ocupado por Ecuador por las tropas ecuatorianas, no se rindió nunca ante las tropas peruanas sino que se entregó a los países garantes. A partir de este momento —y siempre con el apoyo de los países garantes— se acordó un intenso pero honesto cambio de ideas entre el Perú y el Ecuador. El Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Francisco Tudela, nombró una comisión para discutir el tema.

En el año de 1997, el Dr. Tudela deja el Ministerio y es el señor Eduardo Ferrero —que había sido mi alumno en la Universidad— quien fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores. Dado que falleció el Presidente de la Delegación que estaba tratando el tema con Ecuador, el Ministro Ferrero me solicitó que yo asumiera ese cargo; lo que acepté de muy buena gana dado que soy un entusiasta de la paz.

Las conversaciones se realizaban básicamente en el Brasil y, al parecer, el avance había sido muy pobre. Todos, peruanos y ecuatorianos presentes, ya éramos muy buenos amigos. Pero no encontrábamos la puerta de la paz que pudiera ser recorrida por ambos.

Sin embargo, un día recibí en mi Estudio de Abogados la llamada del Presidente Fujimori quien me dijo que en unos minutos llegaría a mi oficina un ecuatoriano enviado por el Presidente del Ecuador para

conversar de una manera más directa. La reunión fue muy positiva y simpática pero no se encontraba la forma de unificar los criterios.

El Presidente Fujimori me envió entonces, con el mayor secreto, a Ecuador para tener una reunión personal con el Presidente Jamil Mahuad, quien había asumido el cargo hacía solamente 15 días.

La reunión con el Presidente Mahuad y con su Ministro de Relaciones Exteriores, José Ayala, fue sumamente franca y con mucha buena fe de ambos lados en busca de una paz verdadera.

El Presidente Mahuad me preguntó por qué estaba yo metido en este asunto si no era diplomático. Le contesté que, en todo caso, era un amante de la paz y de la hermandad.

Además, le mencioné una lista larga de situaciones y hechos que unían profundamente a los dos países; y que me parecía que era muy triste que todo ello estaba siendo dejado de lado y reducido a enfrentamientos de fuerzas militares.

Le pregunté al Presidente si conocía el Señor de los Milagros y me contestó afirmativamente y agregó que le llamaba mucho la atención los cientos de fieles que seguían la procesión. Entonces le informé que la imagen que va unida al anda y a la que mira la gente es la Virgen de la Nube. Se quedó totalmente desconcertado porque esa Virgen es la Patrona de Quito. También le pregunté si conocía Torre-Tagle. Me contestó que sabía que era el Ministerio de Relaciones Exteriores y que le daba muchos dolores de cabeza. Pero, le dije, “creo que usted no sabe que ese local que viene desde el Virreinato perteneció a una familia ecuatoriana, quiteña, los Ortiz de Zevallos, dado que los Tagle no tuvieron hijos varones y la hija mayor contrajo matrimonio con esa persona ecuatoriana”.

El Presidente Mahuad estaba bastante asombrado y contento, por lo que rápidamente empezamos a tutearnos. “¿Qué más hay?”, me preguntó entusiasmado. “Pues”, le contesté, “me da mucho gusto también visitar este Palacio de Gobierno donde habitó uno de mis tatarabuelos”. Me parece que Jamil Mahuad estaba ya creyendo que estas eran ideas mías. Pero le

expliqué que mi antecesor Pedro Vásquez de Velasco, fue Presidente de la Audiencia de Quito y tuvo que hacer frente a una erupción del volcán Pichincha en Quito, en 1660.

Pasamos a hablar del problema existente entre Perú y Ecuador y no encontrábamos el camino de la paz. El Presidente Mahuad me invitó a almorzar y comimos los dos solos, dándole vueltas a los asuntos.

Vimos, como era obvio, que el problema estaba en Tiwinza, que Ecuador quería de todas maneras que fuera suya cuando no lo era según los mapas. Es entonces que yo le pregunté cuál era la razón por la que Ecuador insistía tanto en Tiwinza.

Me dijo que ese era un lugar donde habían muerto y estaban ahí enterrados un grupo importante de soldados ecuatorianos. Yo le dije que se había hablado de la posibilidad de que se reconociera una propiedad – no un territorio– de Ecuador. Pero me comentó que eso tampoco gustaba. Parecía que estábamos Atascados.

De pronto sentí literalmente una luz que me abría un nuevo espacio. Recordé cuando era niño a mi padre, de nacionalidad belga, comentando las inmensas cantidades de muertos durante la Segunda Guerra Mundial y del tratamiento que se les había dado. Y entonces le dije a Jamil: “¿Y qué te parece si hacemos como en Europa: crear un cementerio de guerra ecuatoriano en Tiwinza? El territorio seguirá siendo peruano pero sobre él, Ecuador podría construir un cementerio de guerra y tener visitas y ceremonias en ese lugar donde están sus muertos”.

Jamil –como era lógico– no podía aceptar una propuesta de esta naturaleza sin consultar a su país. Pero claramente se veía que estaba muy contento y que él creía –como yo también– que eso sería aceptable y honorable para los dos países.

Regresé a Lima y le conté estas conversaciones al Presidente Fujimori, quien se mostró totalmente de acuerdo con tales ideas. Sin embargo, el Ministro de Relaciones Exteriores peruano, Eduardo Ferrero, no participaba de la idea.

El Presidente Fujimori consultó inmediatamente con las personas del Gobierno y con las de las Fuerzas Armadas. Ambas estaban de acuerdo con esta posibilidad de paz definitiva que había quedado abierta.

Para tener mayor seguridad, el Presidente convocó a una reunión en el Palacio de Gobierno con su Ministro de Relaciones Exteriores, Eduardo Ferrero, el Presidente del Consejo de Ministros, tres representantes de cada una de las Fuerzas Armadas y quien escribe este texto. El Presidente preguntó al Ministro de Relaciones Exteriores su posición sobre el tema; y éste declaró rotundamente que ese no era un buen camino y que pronto tendríamos nuevamente dificultades... agregándose las derivadas de este acuerdo que le parecía totalmente negativo. Uno de los nueve miembros de las Fuerzas Armadas que estaba presente le preguntó entonces qué actitud debía tomarse con Ecuador. Y Ferrero contestó: “Estar atentos dentro de una paz armada”. Es entonces que otro miembro de las Fuerzas Armadas manifestó: “¡Qué cosa tan extraña! Los militares hablamos de paz y el Ministro de Relaciones Exteriores nos habla de guerra”.

Unos días después, el Presidente Fujimori me pidió que lo acompañara a New York, donde iba a tener una reunión con el Presidente del Ecuador. En pleno vuelo nos enteramos que el Ministro Ferrero había renunciado. Apenas llegué al hotel llamé a Eduardo Ferrero en Lima y le pedí que no renunciara, insistiendo en que estábamos al fin de este asunto. Pero me contestó que su decisión estaba tomada.

Ya de regreso en Lima, el Presidente me pidió que aceptara el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores. Lo acepté porque me pareció que no podíamos perder la oportunidad de lograr la paz definitiva. Y es así como asumí el encargo de la paz, a lo que me dediqué en compañía del Vice Ministro de Relaciones Exteriores, Embajador Jorge Valdez, quien fue una ayuda extraordinaria para cumplir con este ideal de paz al que nos habíamos comprometido.

Finalmente, llegó la firma de la paz. Esta se realizó en Brasil, dado que este país era quien presidía las representaciones de todos los países sudamericanos que habían colaborado en la búsqueda de la paz.

La sala donde tuvieron lugar las firmas estaba repleta de peruanos y ecuatorianos, pero también representantes de muchos otros países. Era impresionante ver cómo muchos de los espectadores se frotaban los ojos o se secaban con un pañuelo las lágrimas emocionadas.

Luego salimos a la terraza y los grupos de peruanos y de ecuatorianos se daban de abrazos. Recuerdo a un entusiasta grupo de jóvenes empresarios ecuatorianos que se paseaban preguntando a gritos dónde estaban los empresarios peruanos para comenzar a hacer negocios de inmediato. Era ciertamente una broma. Pero era un tipo de broma que revela ese brote de familiaridad y de unión que salía de los corazones de todos los presentes.

Estoy seguro que hemos logrado una paz completa y entusiasta. Y así, estos hermanos de padre y madre juntos hemos logrado una paz afectuosa y próspera.

Han pasado 20 años y me es muy grato saber que todo el esfuerzo y dedicación entregados no fueron en vano, ya que ahora gozamos de una paz plena.

* * *